

brasileña del fascismo en los años 30), y que, aún en el "socialismo originario", no concede a las clases trabajadoras sino el papel de palanca en las manos de la "clase media tecnocrática", la limitación mayor del ensayo, además de la poca justificación del esquema latinoamericano, es dejarse influir en demasía por los acontecimientos políticos brasileños del inicio de esta década, pese a que, finalmente, éstos le han dado cierta razón, con el bonapartismo militar implantado en 1964. Sin embargo, aunque se puedan divisar rasgos bismarckistas en el actual régimen militar de Brasil, sería difícil considerar como "nacional" al dirigismo que practica. No solamente el esfuerzo de desarrollo está basado allí preferentemente, en los ingresos de capital extranjero, como señaló recientemente el órgano de clase de los industriales brasileños, sino también que la programación económica adoptada quiere abiertamente integrar la economía brasileña a la economía norteamericana —orientación que se expresa, en el plan de la política externa, en la doctrina de las "fronteras ideológicas", profesada por el gobierno Castelo Branco. De otra parte, frente a la situación de "marginalidad" y "clandestinidad" en que se encuentra hoy la clase media brasileña, ¿admitiría Jaguaribe que se gesta allí un "socialismo originario"?

La segunda parte de la obra, completamente independiente de la primera, traza la evolución del Estado brasileño, desde los tiempos coloniales, y contiene pasajes de sumo interés, como, por ejemplo, el análisis que proporciona del Estado imperial y de su característica básica, la de "poder moderador". En lo que se refiere a hechos más recientes, como el "estado nuevo", el período Kubitschek, el cuadro ideológico contemporáneo, la militancia política del autor le impide ponerse en una posición estrictamente objetiva.

RUY MAURO MARINI
de El Colegio de México

Ch'u CHAI y Wimberg CHAI, *La Cambiante Sociedad de China*. Trad. por Analola M. de Icaza, Editorial Herrero, S. A., México, D. F., 1964. 262 pp.

Dentro de la serie de publicaciones dedicadas a dar al público no iniciado en los estudios sinológicos, una visión general de lo que fue y es el pueblo chino, y de sus cambios así como de las causas de esos cambios, el que nos ocupa es un libro que no puede perderse entre el montón, porque goza de méritos propios.

La empresa de explicar a toda una nación, desde sus orígenes más remotos hasta nuestros días, no deja de ser una empresa ambiciosa que, por lo mismo se presta las más de las veces a esas generalizaciones tanto más peligrosas cuanto más repetidas. Sin embargo, la presente nos parece que se libra del grupo de obras anodinas por el hecho de haber sido escrita por autores chinos cuyos méritos académicos nos aseguran el manejo de las fuentes originales en las que directamente se documentaron para sustanciar sus capítulos.

En efecto, Ch'u Chai, actualmente profesor de Cultura y Filosofía chinas en la New School for Social Research en Nueva York, se desempeñó en una cátedra similar en Formosa después de haber sido profesor de Jurisprudencia y Filosofía en la Universidad de Pekín; mientras que Wimberg Chai, suponemos su hijo, que también fuera lector de la New School, es actualmente profesor auxiliar de Ciencias Políticas en la Universidad de Drew, Madison, N. J. Debemos hacer notar, que en vista de los antecedentes y cualidades de los autores, resulta más incomprensible el que ciertos errores históricos de grueso calibre se hayan deslizado en las páginas del libro, como veremos más adelante.

La competencia en el campo de su cometido, permite a los autores dar al lector conocimientos amplios de lo que fue China, de lo que es actualmente, y, según sus propias teorías, de lo que será en el porvenir, si bien este último aspecto apenas es esbozado. Es decir, el libro expone la naturaleza de la civilización china como se revela en sus instituciones sociales, filosofía y religión, arte y literatura. Cada aspecto seguido de una breve descripción de lo acontecido a la llegada del comunismo el poder en China.

Los autores manejan cada tópico con la soltura que da la posesión del idioma en que se escribieron los libros clásicos y otras obras. Por lo tanto el resultado tiene que ser una explicación lógica que se lee fácilmente y que se complementa con notas bibliográficas sobre obras bien conocidas en idiomas occidentales, para que el curioso lector pueda consultarlas más fácilmente. Este aspecto se complementa con una bibliografía general básica de obras sobre China que aparece al final del libro, seguida de un amplio cuadro cronológico de los acontecimientos más relevantes de la historia de ese país.

El libro está dividido en una introducción y tres partes, de las cuales, en nuestro concepto, las más interesantes y en lo general mejor escritas son la primera y segunda. Después de tratar brevemente de la materia prima, por así decirlo, de la

historia china en la introducción, la primera parte nos da una visión muy completa de la riquísima tradición e instituciones sociales de China; la segunda, el espíritu que informó y permeó esas instituciones. Con buen cuidado se escogieron los temas básicos como aquellos de la familia, el gobierno, la sociedad, y los bruscos cambios operados o que se operan en ellos, a raíz del nuevo régimen en el poder. Lo mismo para aquellos de la segunda parte relativos a la religión en China, la literatura, el idioma y el arte. Ambas tienen su complemento en la tercera parte, dedicada a revisar rápidamente los cambios ocurridos en los últimos cien años, que se cierra con un capítulo dedicado a describir el tipo humano chino, conforme ha existido en toda su historia, para ponerlo frente al tipo humano comunista que se trata de crear en China. Esa confrontación es posiblemente la razón de ser del libro, la base de la afirmación de que el segundo no podrá desplazar al primero a pesar de los cambios que ocurran, y pese a los métodos que puedan usarse para inculcar al pueblo chino y para silenciar las protestas de su oposición interna. Esos métodos no podrán destruir la autonomía de la mente, tal como se manifestó en la reacción intelectual de la primavera de 1957.

Todo iría muy bien si no fuera porque no se puede pasar por alto el hecho de que, si bien el libro está escrito para un público no especializado en estudios sinológicos, no por eso se deben diseminar aquí y allá ciertas suposiciones que puedan conducir a conclusiones erróneas. Tampoco se debería aprovechar una obra de esta naturaleza para presentar determinadas medidas políticas del gobierno en el poder en China, como algo absolutamente novedoso por lo inhumano y cruel, y sin parangón en la historia de aquel país. Nos referimos, por mencionar una de varias, a la afirmación contenida en el último capítulo del libro que nos ocupa de que "Él [Liu Shao-ch'i], como otros dirigentes comunistas, usan el confucianismo (sic) como una táctica ideológica más bien que como una guía moral o un estudio intelectual" (Pág. 240). refiriéndose al uso de ideas y conceptos tradicionales confucianistas para adaptarlas a la ideología comunista, dando así a ésta una mayor aceptación entre las masas y, por lo mismo, asegurando su control. En nuestra opinión, desde la consagración de las doctrinas de Confucio y su sistematización en una filosofía sobre la que descansaba y por la que se sancionaba el poder imperial en la China antigua, esto es, en la época de la dinastía Han Anterior —reinado del Emperador Wu Ti (141-87 A. C.)—, se puede decir que el método de usar el confucianismo

como una táctica ideológica más que como una guía moral, no estuvo ausente de la historia de China. Tanto los emperadores y cortesanos como la clase intelectual o erudita hacían uso de ella como la única manera de mantenerse en el poder, y como el único medio de asegurar la obediencia pasiva del pueblo; a esa medida se le llamó el "control ideológico". Sobre el particular se han escrito varias obras que, sin duda alguna, son bien conocidas por los autores del presente libro.

En otros lugares, nos parece que otras afirmaciones necesitarían una mayor consideración o documentación por los autores. Quizá en este aspecto nosotros mismos estamos pisando terreno falso, pero no nos parece muy clara la afirmación contenida en el capítulo VI que dice, refiriéndose a las diferencias entre el cristianismo y el confucianismo como sistemas religiosos en el sentido más amplio de la palabra: "La diferencia es ésta: el cristianismo es una religión personal o de iglesia, mientras que el confucianismo es una religión familiar o social." (Pág. 82) Independientemente de multitud de consideraciones de tipo filosófico y religioso en cuya discusión no podemos entrar por no ser esta la ocasión ni asunto de nuestra competencia, nos parece que la distinción no es muy válida. Nos atreveríamos a apuntar, sin embargo, ¿no acaso la misma palabra *iglesia* tiene una connotación eminentemente social?, ¿no es en la iglesia donde esa *religión personal* tendría validez porque opera sólo en la sociedad?

Ahora pasando a otro punto, el libro contiene algunos errores históricos mayúsculos que, si bien pueden deberse a equivocaciones en la traducción, no deben de ser puestos de lado. Concretamente, el capítulo XI que habla de la introducción del cristianismo en China, asegura que: "El cristianismo empezó en China con la llegada de San Francisco Javier, primer misionero jesuita al Lejano Oriente y fundador de la misión moderna en China en 1583." (Pág. 151) El error es grande no tanto por el hecho de que se afirma que el cristianismo llegó tan tarde a China, cuando de hecho empezó con la dinastía mongol, bajo el reinado del Gran Khan Kublai (después de 1241 el Papado envió a un grupo de monjes franciscanos como misión diplomática ante el Khan, misión que tuvo un gran éxito con la erección del Arzobispado de Pekín, con el italiano Juan de Montecorvino como su primer arzobispo, obteniendo el permiso de predicar libremente el cristianismo. Eso sin hablar de los misioneros nestorianos que les precedieron), cuanto por decir que fue San Francisco

Javier el que llevó el cristianismo a China, cuando que nunca puso los pies en ese país y murió mucho antes de 1583.

Se debe decir que San Francisco Javier sí introdujo el cristianismo en Japón en 1549, pero abandonó ese país precisamente en pos de su deseo de entrar en China que no logró realizar porque el 3 de diciembre de 1552 murió en Sanción (Sanchán), frente a las cerradas costas de China. La afirmación del libro parece indicar una ignorancia total de ese aspecto de la historia.

Hay también varios errores de traducción y algunos de imprenta. En primer lugar, por su repetición en el texto, debemos apuntar que la palabra inglesa *worship*, que en español significa adorar o venerar, en refiriéndose a los antepasados en China debería traducirse con la segunda connotación porque se trataba en efecto de una veneración, mas no de una adoración. Pero esto, claro está, sólo podría saberse con un conocimiento general de la historia de China. En cuanto a la palabra *confucionismo* aplicada a la doctrina de Confucio, es un tremendo error ya que el único término aceptado y usado en otras obras y traducciones al español es el de *confucianismo*.

No dejaremos de insistir en la necesidad de verter al español obras sobre los países orientales en general, y en particular de entre aquellos, los que su importancia en el mundo actual reclaman mayor atención. Creemos que ya hay un público lo suficientemente interesado en esos asuntos como para justificar las traducciones y ediciones que se hagan sobre el Lejano Oriente. Pero también es necesario decir que a ese interés del público debe corresponder en el futuro, una selección cuidadosa de las obras que se han de traducir, así como de la traducción misma.

En suma, el libro pudo haber sido una obra excelente en su campo, de no ser por los errores apuntados, sobre todo los de tipo histórico. Sin embargo, puede ser útil para dar una visión general de lo que fue China, si se hacen ciertas concesiones aún por los lectores no especializados en estudios sinológicos.

OMAR MARTÍNEZ LEGORRETA
El Colegio de México

Celso FURTADO, *Dialéctica del desarrollo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965. 160 pp.

Publicado en Brasil en 1964, simultáneamente al golpe de